

Poder *versus* violencia en la filosofía de Arendt: la política como acción creadora del mundo humano

Julia Urabayen*

RESUMEN

La experiencia de la violencia está en el corazón de la teoría política de Arendt. La pensadora alemana pretende establecer una diferencia neta entre la violencia y el poder. Su objetivo es lograr una noción de acción que permita la creación de un espacio de aparición basado en y que, a su vez, fomente la libertad y la pluralidad. Para ello considera que es fundamental entender el poder de un modo diferente al dominio y a la violencia, que solo puede ser justificada si mantiene su carácter instrumental. Es más, para ella, violencia y poder son opuestos.

Palabras claves: violencia, acción, espacio público, poder, autoridad, fuerza.

ABSTRACT

The experience of violence is one of the most important issues of Hannah Arendt's Philosophy. The German thinker wants to establish a clear difference between violence and power. Her aim is to achieve a concept of action that allows us to create a public realm based on its ability to make freedom and plurality possible. In order to do this, Arendt believes that we have to understand power not just as a form of domination or violence, which is justified only when it is used instrumentally, as a means to an end. Actually, Arendt considers that violence and power are opposite concepts.

Key words: violence, action, public realm, power, authority, force.

Hannah Arendt llegó a Estados Unidos huyendo de una Europa que fue capaz de hacer realidad el infierno en la tierra. De ahí que no sea extraño que una de las fuentes más importantes de su pensamiento sea esa experiencia vital de exclusión, expulsión y, en la piel de otros, genocidio. Ante tal vivencia, la judía alemana buscó comprender, que no perdonar, lo que sucedió en el corazón del aparentemente ilustrado viejo mundo. En su contacto con el nuevo mundo, Arendt captó la importancia de la natalidad, de la novedad, de la libertad y de la pluralidad para establecer ese espacio político en el que aparece el ser humano como tal: *humanitas*. Sin embargo, tampoco ese mundo, gracias al nuevo acto fundacional que fue la Revolución americana, está exento de problemas ni supone la plena realización de la política. La buscadora de perlas parte de la ruptura que ha sido el resultado del diluvio, del fin de la autoridad y de la tradición. Por ello no propone una vuelta hacia ningún modelo previo, solo una reflexión o indagación de las auténticas experiencias políticas que han tenido lugar a lo largo de la historia con el objetivo de esclarecer que la política no es y no puede ser lo mismo que la violencia.

Como comienza destacando Arendt en *Sobre la violencia*, el siglo XX ha estado marcado por la violencia de las guerras, las revoluciones y los totalitarismos. En el contexto de la Guerra Fría, la americana centró su reflexión en torno a la relación entre política y violencia, vista como uso de medios y técnicas violentas para alcanzar un objetivo político, tal como se ve en la famosa sentencia de Clausewitz, “la guerra es la continuación de la política por otros

* Profesora Titular. Universidad de Navarra. Departamento de Filosofía. Edificio de Bibliotecas. 31080 Pamplona. jurabayen@unav.es

medios”¹, o la igualmente conocida de Mao Tse-tung, “el poder surge del cañón de una pistola”.

Frente a los que podrían ser considerados los abanderados de la violencia como George Sorel, Franz Fanon y Jean Paul Sartre, el pensamiento de la judía alemana establece no solo una diferencia neta entre política y violencia, sino que las considera opuestas: la violencia es siempre muda, que no necesariamente irracional; en cambio, la política, la acción conjunta, es *per se* lingüística, pues parte de la pluralidad y se establece gracias al discurso. Además, la política no ha de ser entendida según la lógica de medios-fines, que es precisamente uno de los grandes errores que ha cometido la filosofía política. Sin embargo, la violencia sigue esa lógica de medios-fines² Por otra parte, el poder se basa en el número, pero la violencia, por su apelación a los medios o instrumentos adecuados para su fin, no necesita el apoyo de la mayoría, e incluso puede adoptar la forma de uno contra todos.

En las obras de Arendt, se puede encontrar constantemente una profunda crítica a la filosofía que nace con Platón y culmina con Marx precisamente por haber sometido la acción humana a categorías impropias (bien las de la contemplación o tiranía de la verdad, bien las de la labor o tiranía de la dialéctica histórica que quiere transformar el mundo) que han llevado, especialmente debido a la inversión operada en la modernidad, a una consideración de la acción desde el punto de vista de la producción, con la consiguiente pérdida del mundo, que sería reemplazado por la vida y sus nociones: la relación medios-fines. De ahí que la violencia, que se mueve en el cálculo de los medios para la obtención de un fin, no sea ni pueda ser equivalente al poder. Por otra parte, esa invasión de las categorías vitales ha conducido a un aumento de la imposibilidad de predecir los asuntos humanos, lo que para Arendt se puede disminuir gracias al perdón y la promesa, y a una pérdida de la estabilidad del mundo común, que es una de las mayores formas de violencia que se puede ejercer sobre el ser humano. La confusión de la política con la producción y el recurso a nociones propias de lo biológico en el ámbito de lo político, por otra parte, ha concedido la razón a los defensores de la violencia, pues éste sería el medio más eficaz para detener lo que parece ser un proceso inevitable y necesario. Pero Arendt replica: “sin embargo, es la función de toda acción, en cuanto diferenciada de la mera conducta, interrumpir lo que de otro modo hubiera procedido automáticamente y, por lo tanto, de modo predecible”³.

Con estas afirmaciones la alemana no está negando la existencia ni la relevancia de la violencia, ni siquiera el uso justificado de acciones violentas en ciertas situaciones, lo que está haciendo es delimitar el campo de la verdadera política para ver si es posible la creación de un espacio de aparición que se base en la pluralidad (y, por ello, en la diferencia y la igualdad) y que fomente la diversidad de perspectivas mediante el debate, la persuasión y la mentalidad alargada. La violencia para ella es siempre un medio y no puede ni debe ser confundida con el poder. Como medio es muy efectivo en ciertos casos, especialmente cuando cuenta con un amplio apoyo o cuando apela a técnicas muy eficientes. Teniendo en cuenta su punto de partida -la vivencia del totalitarismo- la existencia de la violencia no requiere ninguna prueba. Respecto a su origen, hay que decir que la hebrea no le dedica casi atención a la discusión de la raíz de la violencia: simplemente rechaza el estudio comparado de la violencia humana y la animal, y considera que es injustificado decir que su origen se encuentra, como establecen algunos filósofos, en un instinto de dominio y en una agresividad innata, pues para ella el

¹ Arendt aclara que esa definición no es aceptable hoy en día: “Under normal conditions, that is, under those that have prevailed in Europe since Roman antiquity, war was indeed the continuation of politics by other means, and that meant that it could always be avoided if one of the opponents decided to accept the demands of the other. That acceptance might well be at the cost of freedom, but not of life. As we all know, such conditions no longer exist today”. H. Arendt: «Introduction into Politics», en H. Arendt: *The Promise of Politics*, New York, Schocken Books, 2005, p. 146.

² Cfr. H. Arendt: *On violence*, New York, Harcourt, 1970, p. 4.

³ H. Arendt: *On Violence*, p. 31.

instinto de sumisión es tan importante como el de dominio⁴. Tampoco acepta que la raíz de la violencia sea el resentimiento del débil ante el individuo fuerte, ya que es más bien un rasgo propio del grupo rechazar toda forma de independencia⁵. Para ella la violencia es algo “natural”, emocional, instantáneo, pero no irracional ni erradicable⁶. Sin embargo, no es, como pretenden Bergson y Sorel, asimilable a la vida. Ese es uno de los grandes errores de la tradición filosófica: confundir la vida y la acción, interpretar la política desde la creatividad orgánica o biológica. No solo es una confusión grave, sino muy peligrosa, especialmente cuando ha adquirido una formulación racista. El poder y la violencia no son una manifestación del proceso vital, sino que pertenecen “al ámbito político de los asuntos humanos, cuya cualidad esencialmente humana está garantizada por la facultad humana de actuar, la habilidad de comenzar algo nuevo”⁷.

Respecto al problema de la legitimidad, a diferencia de otros teóricos políticos, Arendt no acepta la idea de la violencia legítima como la apropiación por parte del Estado de los medios violentos⁸, ya que eso supone identificar el poder y la violencia, que es justo lo que ella rechaza. Si el poder se identifica con la violencia (la apropiación y el uso legítimo de la violencia), con la eficiencia en lograr que otro cumpla lo que uno manda acudiendo a los medios más eficientes, sería muy difícil, según la alemana citando a Passerin d’Entrèves, establecer una diferencia entre una orden dada por un policía y otra dada por un pistolero.

En el fondo, este planteamiento está viciado desde su misma raíz, ya que parte de una comprensión de la política desde el punto de vista del dominio, la soberanía y la conducción de los asuntos públicos desde la noción de mando y obediencia, que, en el mundo griego, eran válidas en el ámbito doméstico, pero no en el público⁹. La filosofía política ha utilizado desde su mismo nacimiento nociones y metáforas inapropiadas que han conducido a la identificación del poder con el dominio y de éste, según la misma lógica, con el control de los medios violentos. Desde esta óptica, la violencia ilegítima es la ejercida por los individuos frente o contra el Estado o gobierno. Sin embargo, si el poder no es el dominio, surge, en primer lugar, la posibilidad de entender la política como acción (empezar algo nuevo y mantenerlo, lo que implica pluralidad) y, en segundo, la opción de dar la vuelta a la legitimidad de la violencia: en este caso, algunas acciones violentas surgidas para derrocar a

⁴ H. Arendt: *On Violence*, p. 39.

⁵ H. Arendt: *On Violence*, p. 44.

⁶ “To act with *deliberate* speech goes against the grain of rage and violence, but this does not make them irrational. On the contrary, in private as well as public life there are situations in which the very swiftness of violent act may be the only appropriate remedy. The point is not that this permits us to let off steam –which indeed can be equally well done by pounding the table or slamming the door. The point is that under certain circumstances violence-acting without argument or speech and without counting the consequences- is the only way to set the scale of justice right again (Billy Budd, striking dead the man who bore false witness against him, is the classical example). In this sense, rage and the violence that sometimes –not always- goes with it belong among the ‘natural’ *human* emotions, and to cure man of them would mean nothing less than to dehumanize or emasculate him”. H. Arendt: *On Violence*, pp. 63-64.

⁷ H. Arendt: *On Violence*, p. 82.

⁸ “If we turn to discussions of the phenomenon of power, we soon find that there exists a consensus among political theorists from Left to Right to the effect that violence is nothing more than the most flagrant manifestation of power. ‘All politics is a struggle for power; the ultimate kind of power is violence,’ said C. Wright Mills, echoing, as it were, Max Weber’s definition of the state as ‘the rule of men over men based on the means of legitimate, that is allegedly legitimate, violence’”. H. Arendt: *On Violence*, p. 35.

⁹ Creo que estas afirmaciones arendtianas no pueden ser interpretadas como si estuviera sosteniendo la legitimidad de la violencia en el marco de la vida doméstica en el mundo actual. Simplemente, es una constatación histórica de que en ese ámbito la violencia era un recurso habitual. Aunque, el problema reside en que este espacio para Arendt tiene que ver con las necesidades biológicas, y por ello con la fuerza, y en que la liberación respecto a la fuerza y violencia, que ella ve como positiva, no es una ganancia de libertad, pues no es lo mismo libertad que liberación. Cfr. H. Arendt: «Introduction into Politics», en H. Arendt: *The Promise of Politics*, p. 148.

un gobierno que impide el espacio público de aparición o incluso el espacio privado de la vida se convierten en medios justificados y necesarios¹⁰.

Al fin y al cabo, esa es una de las perlas que la tradición ha perdido, pero que es recuperable al abordar la experiencia política, no la filosofía política, de Atenas, de los romanos y de las revoluciones del XVIII¹¹. De hecho, el pensamiento político ha olvidado las distinciones entre términos, que siendo muy cercanos, son diferentes: poder, potencia, fuerza, autoridad y violencia. Esta falta de precisión en el uso de las palabras obedece a una consideración funcionalista: la cuestión es quién gobierna/domina a quién y desde este punto de vista todos los términos anteriores son igualmente medios de dominio.

El primer paso, por tanto, es establecer los matices de estas nociones. El poder no es el atributo de una única persona, sino “la habilidad humana, no solo de actuar, sino de actuar concertadamente”¹². Por ello pertenece al grupo y solo dura el tiempo que dura el grupo. La potencia es siempre algo individual, específico de una persona y señala su independencia; y la fuerza, para la alemana, debe ser utilizada solo como sinónimo de energía liberada. Por último, autoridad es una cualidad que lleva al reconocimiento incondicional por parte de quienes obedecen y supone siempre el respeto. La violencia está muy cercana a la potencia, pues, por su carácter instrumental, suele ser utilizada para amplificar o incluso sustituir la potencia natural. Obviamente, Arendt reconoce que estas nociones no son cajones estancos y que en la realidad se mezclan. Pero su objetivo es delimitar ámbitos: el poder reside, como ya afirmó Cicerón, en el pueblo; la autoridad tiene una fuente diferente (para Arendt es una de las últimas nociones de la tríada romana- autoridad, tradición y religión- que ha desaparecido de nuestro mundo) y la violencia es instrumental. El problema es que suele presentarse mezclada con el poder.

De ahí que lo más urgente sea la delimitación del poder y la violencia. El poder, entendido como gobierno, puede y suele utilizar la violencia, pero no hay ningún gobierno basado exclusivamente en el uso de medios violentos, pues es necesaria una base o apoyo y el uso de medios violentos es una opción entre otras: “el poder es, en efecto, propio de la esencia de todo gobierno, pero la violencia no. La violencia es por naturaleza instrumental; como todos los medios, siempre necesita la guía y justificación por medio del fin que persigue”¹³. Es

¹⁰ “Violence, being instrumental by nature, is rational to the extent that it is effective reaching the end that must justify it. And since when we act we never know with any certainty the eventual consequences of what we are doing, violence can remain rational only if it pursues short-term goals. Violence does not promote causes, neither history nor revolution, neither progress nor reaction; but it can serve to dramatize grievance and bring them to public attention (...) And, indeed, violence, contrary to what its prophets try to tell us, is more the weapon of reform than of revolution”. H. Arendt: *On Violence*, p. 79. En este sentido, la hebreo está posicionándose en la tradición política que defiende el derecho de resistencia a un poder injusto, la objeción de conciencia, la desobediencia civil, la huelga general, y la utilización de otros medios violentos, siempre que no sean excesivamente agresivos ni se conviertan en una estrategia planeada ni un modo permanente de acción.

¹¹ “However, there exists another tradition and another vocabulary no less old and time-honored. When the Athenian city-state called its constitution an isonomy, or the Romans spoke of the *civitas* as their form of government, they had in mind a concept of power and law whose essence did not rely on the command-obedience relationship and which did not identify power and rule and command. It was these examples that the men of the eighteenth-century revolutions turned when they ransacked the archives of antiquity and constituted a form of government, a republic, where the rule of law, resting on the power of the people, would put an end to the rule of man over man, which they thought was a ‘government fit for slaves.’ They too, unhappily, still talked about obedience-obedience to laws instead of men; but what they actually meant was support of the laws to which the citizenry has given its consent”. H. Arendt: *On Violence*, pp. 40-41.

¹² H. Arendt: *On Violence*, p. 44.

¹³ H. Arendt: *On Violence*, p. 51. Respecto al uso que un gobierno puede hacer de la violencia como medio, Arendt señala que “in domestic affairs, violence functions as the last resort of power against criminals or rebels – that is, against single individuals who, as it were, refuse to be overpowered by the consensus of the majority. And for the actual warfare, we have seen in Vietnam how an enormous superiority in the means of violence can

decir, el poder es un fin en sí mismo y es lo que permite a un grupo pensar mediante las categorías de medios-fines, en donde entra la opción de acudir a la violencia¹⁴. Por ello el poder no necesita justificación, pero lo que hace necesita legitimidad: “el poder surge siempre que la gente se junta y actúa concertadamente, pero deriva su legitimidad del inicial estar juntos más que de alguna acción que pueda seguirse a partir de ahí”¹⁵. La violencia, en cambio, puede ser justificada, por ser el medio más adecuado para un fin, pero “nunca será legítima”¹⁶.

Y no solo eso, sino que siempre está sujeta al riesgo de que los medios violentos anulen el fin y acaben produciendo un mundo más violento que el existente. Es más, la violencia puede destruir el poder, pero nunca crearlo¹⁷. Dado su carácter instrumental, la violencia puede lograr la liberación, pero no la libertad, que para Arendt es el sentido de la política y se identifica con la natalidad¹⁸. Por último, la relación entre ambas, para la americana, suele ser inversa, pues la pérdida de poder fomenta el aumento del uso de la violencia como sustituto y cuando la violencia no es sujeta por el poder los medios de destrucción habitualmente acaban con el propio fin, lo que lleva a la destrucción absoluta de todo poder, convirtiéndose entonces en terror. Así pues, Arendt concluye diciendo que “políticamente hablando, es insuficiente decir que el poder y la violencia no son lo mismo. El poder y la violencia son opuestos; donde uno domina absolutamente, el otro está ausente”¹⁹.

Me parece que la reflexión arendtiana sobre la relación entre política y violencia deja demasiadas cuestiones sin resolver. Está claro que está tratando de recuperar una noción de acción que le remite a los dos sentidos del término en griego, alejando, de este modo, la política del dominio. Eso supondría una definición del poder diferente: acción concertada, pero lo que no es evidente es que con esta nueva definición la política sea no solo distinta sino opuesta a la violencia. Arendt asume desde el inicio el carácter instrumental de la violencia y su papel clave en los momentos en los que el verdadero poder se desvanece, pero al presentarla como una acción o iniciativa no es sencillo diferenciarla de su propia noción de poder: acción concertada. Para ello tendría que cualificar de algún modo esa acción concertada. La diferencia no puede residir únicamente en el carácter concertado, pues es

become helpless if confronted with an ill-equipped but well-organized opponent who is much more powerful”. H. Arendt: *On Violence*, pp. 50-51.

¹⁴ “What is crucial for us here is to understand freedom itself as political and not as a purpose, possibly the highest, to be obtained by political means, and to realize that coercion and brute force are always means for protecting or establishing or expanding political space, but in and of themselves are definitely not political”. H. Arendt: «Introduction into Politics», en H. Arendt: *The Promise of Politics*, p. 130.

¹⁵ H. Arendt: *On Violence*, p. 52.

¹⁶ H. Arendt: *On Violence*, p. 52.

¹⁷ Como ve Arendt, lo más problemático es cómo oponer el poder a la violencia y qué resulta de dicha oposición: “those who oppose violence with mere power will soon find that they are confronted not by men but by men’s artifacts, whose inhumanity and destructiveness increase in proportion to the distance separating the opponents. Violence can always destroy power; out of the barrel of a gun grows the most effective command, resulting in the most instant and perfect obedience. What never can grow out of it is power. In a head-on clash between violence and power, the outcome is hardly in doubt. If Gandhi’s enormously powerful and successful strategy of nonviolent resistance had met with a different enemy –Stalin’s Russia, Hitler’s Germany, even prewar Japan, instead of England- the outcome would not have been decolonization, but massacre and submission”. H. Arendt: *On Violence*, p. 53.

¹⁸ “If one wishes to understand politics within the context of the categories of means and ends, politics in the Greek sense was, as it was for Aristotle, primarily an end and not a means. And that end was no freedom as such, as it was realized in the polis, but rather the prepolitical liberation for the exercise of freedom in the polis. Here the meaning of politics, in distinction to its end, is that men in their freedom can interact with one another without compulsion, force, and rule over another, as equals among equals, commanding and obeying one another only in emergencies –that is, in times of war- but otherwise managing all their affairs by speaking with and persuading one another”. H. Arendt: «Introduction into Politics», en H. Arendt: *The Promise of Politics*, p. 117.

¹⁹ H. Arendt: *On Violence*, p. 56.

perfectamente posible ponerse de acuerdo para actuar violentamente. Arendt está pensando, probablemente, en que la acción política nace de la libertad y fomenta la libertad. En cambio, la acción violenta, surgiendo de la libertad, suele anular la libertad de quien o quienes son sometidos a la violencia. De ese modo se ejerce como dominio y no como verdadero poder.

Así pues, no es tan patente como ella asume que la violencia no pueda crear poder, tal como lo ha definido. La alemana está pensando teniendo presente el resultado de la Revolución Francesa, que termina en el Terror. Pero eso no significa que una acción violenta deba necesariamente concluir en un mayor aumento de la violencia. Y aunque así fuera, no se ve muy bien cómo eso puede ser una objeción en un planteamiento que pretende entender la acción desde la propia acción, como fin en sí mismo y no como algo teleológico, al servicio de otro fin. Igualmente me parece que la diferencia entre legitimación y justificación al referirse al poder y la violencia es muy vaga, cuando no confusa. Por último, queda sin respuesta la cuestión nada desdeñable de qué medios violentos y hasta qué punto son justificados o no tanto por parte de un gobierno como por parte de quienes se oponen violentamente a un gobierno.

Algunas de estas objeciones se resuelven dentro del pensamiento arendtiano al prestar más atención a su noción de acción, vista no solo como acción concertada, sino como natalidad. Lo que presupone la alemana en su diferencia entre poder y violencia es el amor al mundo inherente en la natalidad. La acción humana es plenamente tal no solo cuando es plural, concertada, sino también cuando crea un mundo humano, un espacio de aparición en el que los diversos se presentan y alcanzan una identidad que, por ser narrativa, requiere el espectador. No se trata de que la política o acción tenga como papel la conservación del mundo, pues principalmente su tarea es su creación, su instauración. En ese punto, a veces es la acción violenta la que da lugar a algo nuevo. Pero solo si se ama el mundo, lo que no suele darse en la violencia pura, se seguirá actuando para que ese mundo compartido se mantenga. Por ello Arendt acepta la violencia como medio, pero no como fin. Obviamente, el mantenimiento de la verdadera acción política es el gran reto y la mayor dificultad con la que se encuentra toda política, y el punto en el que, para la alemana, la Revolución Americana ha fracasado.

Esa crisis de la República coincide con el momento histórico que ella analiza en *Sobre la violencia*, donde destaca que en un mundo cada vez más globalizado, con gobiernos más centralizados y burocratizados, los seres humanos sienten que sus posibilidades de acción son cada vez menores y, entonces, el recurso a la violencia permite tener la sensación de estar actuando concertadamente. De ahí que se crea que el recurso a la violencia supone un incremento del poder, no como un aumento del dominio del Estado sobre los ciudadanos o de los ciudadanos frente al gobierno, sino precisamente como la creación de un espacio público de aparición en el que el ser humano puede actuar y nacer políticamente²⁰. La cuestión fundamental es que esas acciones políticas de creación de un espacio público son muy raras en la historia y para la alemana en los casos en los que se han producido violentamente han fracasado más rápidamente y más claramente: han logrado liberación, pero no libertad.

La desaparición de ese espacio de aparición es, por otra parte, la forma de violencia política más cruel que pueda darse, ya que despoja al ser humano de su propia humanidad. La violencia como pérdida del mundo supone la privación del derecho a tener derechos o tener un lugar en el mundo. Esta es la violencia más radical, pues es ontológica y política. Es una

²⁰ “Philosophically speaking, to act is the human answer to the condition of natality. Since we all come into the world by virtue of birth, as newcomers and beginnings, we are able to start something new; without the fact of birth we would not even know what novelty is, all ‘action’ would be either mere behavior or preservation. No other faculty, except language, neither reason nor consciousness, distinguishes us so radically from all animal species. To act and to begin are not the same, but they are closely interconnected. None of the properties of creativity is adequately expressed in metaphors drawn from the life process”. H. Arendt: *On Violence*, p. 82.

violencia ontológica, ya que priva al ser humano de un rasgo inherente a su condición: ser en el mundo. Es política porque esa privación le deja precisamente sin relaciones humanas, sin espacio público de aparición, y en las versiones más inhumanas también sin espacio privado. La pensadora hebrea considera que el rasgo que mejor define al ser humano, su *humanitas*, es algo que se da en la relación con otros seres humanos. Por ello afirma, contra Aristóteles, que el ser humano no es un animal político por naturaleza, sino que la política reside en la relación²¹. El ser humano nace biológicamente y eso le da una serie de rasgos que debe aceptar con gratitud, pero además, como uno de sus aspectos constitutivos es la libertad entendida como capacidad de iniciar algo nuevo, debe nacer otra vez, políticamente. Y esa natalidad política supone amar el mundo responsabilizándose de él, tomar en consideración que el mundo es más importante que el yo²².

Ese segundo nacimiento, la política, requiere la pluralidad²³, el espacio de aparición y la estabilidad del mundo, pero sin perder de vista que el mundo es no solo el plexo de relaciones creadas por la acción del hombre sobre la naturaleza, sino que propiamente es “la web de relaciones humanas que existe dondequiera que los hombres viven juntos”²⁴. La privación del mundo es algo que ha sucedido de modo especialmente dramático en los totalitarismos, que dinamitaron todas las categorías de juicio político y moral, e hicieron realidad el infierno en la tierra. Pero en formas más sutiles y menos brutales pueden darse en otras formas de gobierno. La otra modalidad de violencia política que destaca Arendt es la que afecta a la pérdida de algunos derechos, pero no del derecho a tener derechos. En ambos casos, los seres humanos son expulsados del mundo.

La reflexión arendtiana sobre la violencia requiere una mayor profundización y desarrollo para que sea posible abordar nuevas formas de violencia, pero es un primer paso sumamente interesante y un buen punto de referencia para seguir profundizando en la relación entre violencia y política. Como siempre, su exposición queda abierta y se presenta como una sugerencia para seguir realizando ejercicios de pensamiento político.

²¹ Cfr. H. Arendt: «Introduction into Politics», en H. Arendt: *The Promise of Politics*, p. 95.

²² “For at the center of politics lies concern for the world, not for man –a concern, in fact, for a world, however constituted, without which those who are both concerned and political would not find life worth living”. H. Arendt: «Introduction into Politics», en H. Arendt: *The Promise of Politics*, p. 106.

²³ “Politics is based on the fact of human plurality. God created *man*, but *men* are a human, earthly product, the product of human nature”. H. Arendt: «Introduction into Politics», en H. Arendt: *The Promise of Politics*, p. 93.

²⁴ H. Arendt: *The Human Condition*, Chicago & London, Chicago University Press, 1958, pp. 183-184.